

suspendido sobre el abismo (*Duzak*) en que reina Ahrimanes.

Ormuzd, para sostener la lucha que sabía iba á empezar con Ahrimanes al fin de la primera edad, aprestó un espléndido ejército de cielos, sol, luna y estrellas. De las tres esferas celestes, reservó la última para sí, y allí colocó su trono, en el seno de la inefable luz; sobre él puso al sol, que gira alrededor de la tierra en la esfera sublime: despues la luna que circula en otra inferior, y por último cinco planetas menores y la innumerable falange de estrellas fijas en la esfera mas baja. Distribuyó estas en doce escuadrones, dirigidos por las constelaciones zodiacales, y así reunió en todo seis millones cuatrocientos ochenta mil seres para combatir contra Ahrimanes. Puso ademas cuatro centinelas en los cuatro puntos cardinales, y una en el centro.

Ahrimanes viniendo del Sur y mezclándose con los planetas, opuso á la creacion de la luz la de los seres tenebrosos, iguales á aquellos en número y en fuerza. Eschem, demonio de la envidia con siete cabezas, era el caudillo de los siete devas, contra Serosc, príncipe de la tierra; genios inferiores obedecian á los siete devas principales. Los hijos de la luz creen y adoran; los de las tinieblas dicen *tal vez*. Ardiendo Ahrimanes en furia, empezó la lid, á pesar de los esfuerzos de Ormuzd, por conservar la paz: pero, deslumbrado con la resplandeciente gloria de este y con la vista de los ferberos, fué vencido por la poderosa palabra del Bueno, y precipitado en el abismo, donde permaneció durante toda la segunda era. Entretanto continuaba Ormuzd la creacion luminosa; pero Ahrimanes no dormia, y á cada criatura de luz opinia una de tinieblas, con igual poder que aquella. Así nacieron otros devas con sus caudillos, distribuidos en un orden análogo á los Amschaspands y á los Izedes.

Concluidas ambas creaciones, todavía reinaba Ormuzd solo con los suyos en la tierra, y habia producido el toro primitivo, que contenia los gérmenes de toda la vida orgánica; pero en cuanto comenzó la tercera edad, conociendo Ahrimanes que era llegada su época, invadió el reino de Ormuzd al frente de su legion, y dejando á esta detras, se avalanzó á los cielos. Allí fué tal el asombro que de él se apoderó, que se precipitó sobre la tierra bajo la forma de serpiente, penetró hasta el centro de ella, y se ingirió en cuanto contenia, hasta en el toro y en el fuego, símbolo visible de Ormuzd, al que contaminó con el humo. Desde la tierra, al frente de los suyos, volvió á subir al cielo, propagando por todas partes impureza y tinieblas; pero últimamente Ormuzd, en union de los suyos y de los ferberos de los justos, lo lanzó de nuevo en el profundo *duzak*, despues de un combate de noventa dias y noventa noches. Sin embargo, no permaneció allí mucho tiempo, pues abriéndose paso al través de la tierra, partió con Ormuzd el imperio: y esto hasta tal

punto que desde entónces, cuanto existe entre el cielo y la tierra, quedó dividido en luz y tinieblas, en dia y noche.

El toro sucumbió apestado: pero de su costilla derecha salió *Cayomorts*, primer hombre, y de la izquierda *Gochorun*, alma del toro, que llegó á ser el genio tutelar de la creacion animal. De su esencia vital formó Ormuzd otros dos toros, que fueron principio de todas las especies de animales puros: de sus astas nacieron los frutos, de su nariz las hortalizas, de su sangre la uva, y de su cola veinticinco especies de granos. Ahrimanes creó en contraposicion un mundo impuro; de donde ha resultado la doble serie de vivientes que se agitan en la tierra en perpétua lucha. Pero no habiendo podido Ahrimanes crear nada comparable al primer hombre, resolvió darle la muerte. *Cayomorts*, que reunia en sí ambos sexos, acababa entónces de cumplir treinta años; y cuando murió, su licor prolífico cayó á la tierra, donde fué purificado por el sol y vigilado por genios tutelares, hasta que, al cabo de cuarenta años, Ormuzd hizo que brotase de él un árbol, que durante diez años continuó creciendo en figura de hombre y de mujer enlazados, y los frutos que produjo fueron diez parejas humanas, entre las cuales se contaron *Mechia* y *Mechiane*, progenitores de la humana raza.

Vivieron estos en un feliz estado de candidez é inocencia hasta que Ahrimanes los persuadió á que bebiesen leche de cabra, y á probar ciertos frutos, con lo que perdieron las cien felicidades, excepto una. La mujer fué quien primero sacrificó á los devas. Al cabo de cincuenta años engendraron á *Siamek* y á *Veschak*; murieron á la edad de cien años, y en los infiernos expiarán sus pecados, mientras llega el dia de la resurreccion.

La muerte no existia hasta que la introdujo Ahrimanes con el pecado del primer hombre; pero era para el Parsó á manera de un rescate, pues por medio de ella terminaba su lucha con el mal (1). Las almas de los mortales, creadas

(1) En el siglo V de la era vulgar, dictó el supremo gobernador de Persia el siguiente decreto contra las creencias cristianas, del que aparece cuán alteradas se hallaban ya entónces las doctrinas de los Magos. « Cualquiera que habita bajo el cielo y no profesa la ley de los héroes persas, está sordo, ciego y engañado por los demonios de Ahrimanes... No existian cielos, ni tierra, y el gran dios Zervan ofrecia sacrificios durante mil años diciendo: « Quizá tenga un hijo llamado Oromázes, que hará los cielos y la tierra. » Y tuvo en el vientre dos fetos: uno por haber hecho sacrificios, y otro por haber dicho *quizá*. Notando su preñez, dijo: « Daré mi reino al primero que nazca: » entónces el concebido por la duda rompió su clausura, y salió fuera. Zervan le dijo: « ¿Quién eres? » Respondió: « Soy tu hijo Oromázes. » Repuso Zervan: « ¿Mi hijo es resplandeciente y despide un olor suave; tú eres tenebroso y pútrido; » pero viendo que lloraba amargamente, le concedió por mil años su reino. Luego que nació el otro hijo Oromázes, quitó el reino á Ahrimanes y lo dió á aquel, diciendo: « Hasta ahora te he ofrecido yo á ti sacrificios; desde ahora me los debes tú ofrecer á mí. » Y Oromázes creó el cielo y la tierra, y Ahrimanes en contraposicion todos los males. Así, las criaturas se dividen del siguiente modo: los ángeles son de Oromázes, los demonios de Ahrimanes; y todas las cosas buenas de la tierra y del cielo son de Oromázes, y todos los males de Ahrimanes... Todas las miserias, las des-

por Ormuzd desde el principio, moran en el cielo, de donde tienen que bajar para unirse á los cuerpos, y cumplir la peregrinacion terrestre, sendero de doble salida. Las que han practicado el bien, son recibidas entre los espíritus celestes, y conducidas al puente *Cinevad*, bajo la custodia del perro *Sura* (1); las otras son arrastradas por los devas y juzgadas todas en aquel sitio por Ormuzd; las justas pasan el puente y son acogidas en la morada de la felicidad en medio de la alegría de los *amschaspands*, y las perversas son precipitadas en el abismo, donde sus atroces tormentos durarán á proporcion de sus pecados, y pueden abreviarse con los sufragos de los parientes y hombres santos; pero las mas de ellas permanecerán allí hasta la consumacion de los siglos.

Antes que esta llegue, cuando los hombres entregados á merced de Ahrimanes hayan padecido toda especie de males, enviará Ormuzd al profeta *Sosiosc* á fin de prepararlos á la redencion universal. De improviso *Gurzher*, cometa maléfica, burlando la vigilancia de la luna, se arrojará sobre la tierra y la abrasará. Al través de estos torrentes de llamas deberán pasar todos los seres, incluso Ahrimanes y sus parciales, para purificarse en un tiempo proporcionado (2). Apagadas luego las llamas, saldrá de ellas una tierra nueva, pura, perfecta como existia en el principio de la creacion, y que no perecerá nunca; y primero Ormuzd y despues Ahrimanes, ambos con sus criaturas, aparecerán en ella como sacerdotes del Eterno, para celebrar las alabanzas de este, consumir el sacrificio y hacer que reine su santa ley (3).

gracias, las guertas son del creador del mal; la fortuna, el poder, la gloria, los honores, la salud, la gracia, la elocuencia, la longevidad, son del creador del bien. Se engaña, pues, el que dice que Dios creó la muerte, y que de él se origina el bien y el mal; y mas aun los cristianos que suponen á Dios envidioso, pues por un solo higo arrancado creó la muerte y condenó á ella á los hombres. Semejante envidia no existe tampoco de hombre á hombre; y mucho menos de Dios contra el hombre. El que dice esto es sordo, ciego, y está engañado por los demonios de Ahrimanes. » Véase la historia de *Eliseo*, obispo de *Amadumia* en el siglo V, publicada por los *Mequitistas de Venecia* en 1828, cap. 2.

(1) Entre los Egipcios, el *Sírius Anubis* guia las almas, y está, como el *Sura* de los Persas, puesto como centinela en las estrellas. Por lo demas, no creo necesario indicar al lector una por una las concordancias de esta cosmogonia con las de otras religiones.

(2) *Plutarco* refiere una opinion, sostenida aun hoy por una secta de Parsos, y apoyada en algunos pasajes de los libros sagrados, segun la cual *Arimanes* y sus devas, esencialmente malignos, serán aniquilados.

(3) Los señores *Wullers* y *Olshausen* se habian propuesto reunir y publicar todo cuanto encontrasen relativo á Zoroastro, entre los Orientales. No sabemos si persisten en tal pensamiento. Sin embargo, *Wullers* ha publicado ya los *Fragmente über die religion des Zoroastres* (Bona 1834), con extensos comentarios, insertando muchos pasajes de autores que ilustran aquella religion. Nosotros referiremos dos pequeños trozos del *Utemai-islam*, interpretados diferentemente de como lo hicieron *Anquetil* y *Wullers*, y conforme á la correccion del baron de *Sacy*.

Á la pregunta de si el mundo es eterno, responde: « Todo lo que es capaz de formacion y destruccion, tiene necesariamente una causa: tener una causa no podria convenir á Dios: así que es menester deducir la consecuencia de que el mundo no ha existido siempre, sino que fué creado; y una cosa creada supone un creador. Por otra parte en la religion *pelevi*

Fácil es observar que todas estas doctrinas, lo mismo que todo el sistema persa, están mezcladas con nociones astronómicas. Los doce mil años en que se desarrolla la creacion celeste y terrestre, divididos en cuatro edades, provienen de la distribucion del año en meses y estaciones; en algunos pasajes dice tambien el *Zendavesta* que la creacion se terminó en seis épocas y trescientos sesenta y cinco dias, en memoria de lo cual instituyó *Chemsid* el año, distribuido en seis *Gahambares*, del nombre de seis fiestas celebradas por Ormuzd, al terminar cada una de sus tareas, las cuales cabalmente eran conmemoradas por las solemnidades de los Persas. El *Neu-rúz*, ó nuevo año, se celebra el mes de *Farvardin*, hácia el equinoccio de primavera (A); el *Mehergan*, ó fiesta de *Mitras*, en el equinoccio de otoño, durando seis dias cada una, y cinco las otras de los *Gahambares*. Estas seis fiestas de su calendario, que es el mejor distribuido entre los antiguos, llevan los títulos de fiestas del sol, del fuego, de la victoria, de la libertad, del genio y de la creacion. Las del sol se celebraban en las cuatro épocas solares: las del fuego, el 2 de febrero, en memoria de su descubrimiento, y las de su renovacion, en noviembre; las de la victoria celebraban los triunfos de *Feridun* sobre *Zoak* y el exterminio de las criaturas de Ahrimanes. En las fiestas de la libertad plantaban cipreses, y se practicaban ritos semejantes á los de las Saturnales de Roma. Á principios de noviembre se celebraba la conmemoracion de los difuntos, y se creía que estos volvian entónces á visitar á sus parientes, los cuales los acogian con preces, fiestas y ceremonias.

En relacion con los planetas están tambien los siete templos principales del fuego; y esta propension á las ideas astronómicas produce mucha confusion en la Historia, pues los astros toman formas humanas, y los hombres suben á las estrellas, alternando los sucesos terrestres con las revoluciones siderales.

Los *Naskas* presentan un carácter mas docto que los *Vedas*, hallándose en ellos los poderes celestes jerárquicamente dispuestos bajo la su-

esto es, de los antiguos Persas, profesada por los discípulos de Zoroastro, se considera el mundo creado; ahora bien, una cosa creada ha debido tener un creador. Pero ¿quién lo creó? ¿cuándo? ¿cómo? ¿por qué?

» En la religion de Zoroastro es evidente que todo fué creado, excepto el Tiempo; el creador es el Tiempo, pues el Tiempo no tiene límites, ni altura, ni profundidad (raíz); siempre fué, siempre será. Quien tiene sano entendimiento no preguntará de dónde viene el Tiempo. Á pesar de estas excelentes prerogativas poseidas por el Tiempo, no habia nadie que le diese el nombre de creador. ¿Y por qué? porque no habia creado cosa alguna. Despues creó el fuego y el agua; y cuando los puso en contacto, nació Oromázes. Desde entónces el Tiempo fué creador y señor, en virtud de la creacion llevada á efecto....

» El Tiempo fijó la duracion y la divinidad de Oromázes, y su medida es de doce mil años. Hizo el firmamento, el empuje y las principales estrellas á étnidas (las constelaciones), y dió mil años á cada uno de los doce signos que están en el firmamento. En tres mil años quedó terminada la obra espiritual (la creacion de los espíritus); y entónces dirigian el mundo *Aries*, *Tauro* y *Geminis*, á razon de mil años por cada uno. »

premacía de Ormuzd ú Oromázes; Burnouf cree que la oposicion de la doctrina de los Magos con la de los Bramanes no consiste en los Vedas, sino en las evoluciones posteriores, de las cuales se ha sacado lo mitología de los Puranas. La principal diferencia está en la cuestion del mal, y en la relacion de la naturaleza humana con la divina. La doctrina de los Naskas concibe un Dios soberano, al cual se hallan subordinados los poderes celestes y las criaturas; al paso que en los Vedas no hay superioridad absoluta.

Compara-
cion
con la
religion
de los
Indios.

Tal vez al introducirse esta reforma, obra de un Zoroastro, se dividieron las naciones medas de las índicas; pero si dejamos á un lado el aparato astronómico, vemos que bajo el aspecto del lenguaje, de la poesia y de las tradiciones poéticas, se aproxima la Persia á la India, con la cual el Maguismo primitivo se halla acaso en comunidad de creencias. Tambien este admite de hecho la unidad infinita é increada, que produce, abraza, y resume la creacion finita, y acepta igualmente el período de doce mil años; solo que el dualismo prevalece en él sobre el panteísmo, y la idea de emanacion cede ante la de creacion. En la religion de los Magos lo finito, lo infinito, lo real y lo ideal se diferencian mejor que en la de los Bramanes; el mundo, léjos de ser una generacion divina llevada á cabo por amor, es para los Magos un antagonismo, una mezcla de contrarios que luchan; y como el hombre toma parte en estos combates, no es posible que caiga en la indolente abstraccion de los Indios, y por el contrario se ve excitado á la actividad moral. Pero al paso que cada cosa es allí distinta, encuéntrase tambien rebajada, pues no se contempla á Dios sino bajo el aspecto de un tiempo infinito, desapareciendo la metempsicosis y la magnífica alternativa de creaciones y destrucciones, cual se ve en la India, porque la reflexion avasalla á la intuicion y la encadena.

Compara-
cion
con la
Edda.

La parte mitológica se parece bastante á las mitologías septentrionales y la Edda, donde se columbra, aunque ménos poéticamente, la misma veneracion á la naturaleza y á los elementos de la luz y del fuego; y no es este el último argumento favorable á la opinion que sostiene que los Germanos traen su origen de los Persas, ó mas bien que ambos pueblos son hermanos.

Compara-
cion
con las
doctrinas
de los He-
breos.

Los Persas mas que ninguna otra nacion convienen en doctrinas religiosas con los Hebreos. Aquel Dios, padre de la luz increada, aquel verbo eterno que hace todas las cosas, los siete espíritus prosternados ante su trono, el ejército celeste que lo circunda, la primera morada del hombre, el origen del mal, el poder del príncipe de las tinieblas, caudillo de los espíritus rebeldes, todo esto concuerda con los dogmas hebreos. Así es que, á pesar de tantas mezclas, no pueden los Persas confundirse con ningun pueblo pagano; aborrecian la idolatría y el fetichismo mas enérgicamente que los Hebreos; como entre estos, el sacerdocio residia en una sola tribu; distinguian á los animales en puros

é inmundos; recurrían con frecuencia á las purificaciones; repelían con gran cuidado á los leprosos, llamándoles esclavos de Ahrimanes; y sabían que algun día vendría á aliviar á la humanidad un ser grande, precedido de una estrella. Ormuzd, como Jehová, era un poder que no podia ser visto sino por el espíritu, ni sentido sino por el corazon; y no le alcanzaban las maldiciones lanzadas por los profetas á los ídolos de madera y de metal, inmóviles y mudos. Por lo mismo, el profeta hebreo Jonas era escuchado en Nínive; el otro profeta Daniel fué admitido allí entre los Magos; y el Evangelio, al paso que representa á los sacerdotes de Moises asombrados con la aparicion del Mesías, hace venir á los Magos á prestarle el primer homenaje de las naciones.

Mostrábase en todo la religion de los Persas tan parecida á las tradiciones primitivas, que un autor los ha llamado los puritanos del gentilismo (1), y otro cree que á causa de esto se le da á Giro en la Sagrada Escritura el nombre de Ungido del Señor, y que el Mesías se reveló primeramente á los Magos (2). El fuego tuvo siempre parte en la explicacion de las relaciones intencionales de Dios con el hombre, atento que el imperio del hombre sobre la naturaleza empezó sometiendo el fuego: el cual, por otra parte, es el fundamento de la institucion doméstica, y tiene cierta aparicion de sobrenatural, que contribuyó á que se le mirase siempre como sagrado, así en el Indo y en el Ganges, como la Vesta itálica, no ménos en la zarza de Moises que en los turribulos cristianos. Para los Persas no era este elemento una divinidad, sino el signo ó el recuerdo de la oracion, y de una fuerza sobrenatural; imágen de aquel fuego primitivo que enlaza á Oromázes con la duracion infinita, que produce cuanto hay de grande y digno en la tierra, y que uniéndose con el agua, engendró la luz. Por esto el fuego ardía en cualquier parte; se llevaba delante del rey, resplandecía por do quiera en hogares sagrados bajo el nombre de Dadgah, colocado primero en la tierra desnuda, despues sobre altares, y por consiguiente al abrigo de templos (Ateschgad, *πυρροί*), cuyas bóvedas figuraban el cielo, y debían estar perforadas para que el viento pudiese difundir libremente por todas partes el suave olor de la llama de Ormuzd.

Tan esmerado aparece entre ellos el culto de los elementos y de los astros, y de tal modo se halla subordinado á la idea de un ser eminentemente bueno, que no puede acusarse á los Persas de politeísmo, y mucho ménos de idolatría. Hasta la inmediata inspeccion concedida á los ángeles sobre las cosas está sometida á la supremacía de Ormuzd, y una invocacion del Yazna (h. 8) dice: «Segun tu deseo, Oromázes, manda felizmente á tus criaturas; segun tu deseo al agua; segun tu deseo á los árboles»

(1) PAYNE KNIGHT, *Inquiry into the Symbol. lang.*, § 92.

(2) SCHLEGEL, *Historia de la literatura.*

segun tu deseo á todos los bienes cuya semilla es pura. Da el imperio al Santo, quitaselo al Darvand; sea el Santo un rey poderoso, el Darvand no. Ahuyenta al enemigo del pueblo que adora al ser excelente; quita al rey que no obre segun tu corazon. Que Zoroastro se eleve por medio de mí, y difunda en los lugares, en los caminos, en las ciudades, en las porovincias, la ley que enseña á ser puro de entendimiento, puro de palabra, puro de accion, esta ley de Zoroastro, hombre de Oromázes.»

Se han sacado de las ruinas bajos relieves y cilindros simbólicos; y singularmente animales quiméricos, que demuestran que los Persas no repugnaban las representaciones figuradas de los objetos de su culto; pero estos nos prueban su antropomorfismo, y bien pudieron haber adquirido otras ideas por su contacto con las naciones del Asia Occidental, y posteriormente de los Romanos.

Mitras
y
Mitra.

De este modo apareció como idolatría el culto de Mitras y de Mitra, que tomaron antiguamente de los Asirios ó Babilonios (1). Mitra era aquella Milita, á quien hemos visto (página 114) siendo en Babilonia objeto de un culto vergonzoso, como principio femenino de la creacion, diosa de la fecundidad, del amor, al mismo tiempo que de la esterilidad, de la muerte, de la venganza, y que reunía en sí las propiedades que despues el politeísmo griego reparatió entre Vénus, Proserpina, Ilitia, Hera, Hecate y Artemida. Quizá es la misma que Anaitis, diosa de la Armenia, venerada con iguales obscenidades, y que tenía templos muy concurridos en Comana del Ponto y Comana de Capadocia, con millares de hieródulos ó sacerdotes. El comercio que se dirigia á los países del Cáucaso, propagó allí estos ritos, que penetraron hasta en el imperio persa, donde Artajérjes Mnemon fué el primero que alzó en Babilonia, Susa y Ecbatana un templo á Vénus Anaitis, enseñando su adoracion á los Persas, Bactrianos, Damascenos y Sardonios (2).

Con el nombre de Mitras fué adorado el fuego celeste; cuyas ceremonias, creidas antiquísimas por algunos (3), y por otros hasta posteriores al cristianismo, se nos presentáran con nueva vida y desarrollo en la Roma imperial. Plutarco dice que Mitras era considerado como el *mediator*; lo que da á entender, que participaba de la naturaleza de los dos principios, ó colocándose entre ellos como conciliador, ó constituyéndose en juez de ambos. Los libros zendos nos lo representan como el sol, ó el símbolo de la unidad anterior á Ormuzd y Ahrimanes, y que sobrevivirá á estos. En los monumentos mitriacos hallamos representados el globo del sol, la clava, el toro, símbolos de la suprema verdad, de la suprema actividad creadora, de la suprema fuerza vital: trinidad de que hablan

(1) HERODOTO, I, 102.

(2) BEROSI, *Fragm. edid. Richter*, p. 70.

(3) Dupuy coloca la época de los monumentos mitriacos en el año 4300 á. C.

los oráculos de Zoroastro, y que concuerda con la de Platon, que es bien supremo, el verbo y el alma del mundo; con la de Hermes Trismegisto, que se compone de luz, inteligencia y alma; y con la de Porfirio, que consta de padre, verbo y alma suprema.

Pero es muy dudoso fijar en todo esto la parte que fué divulgada, y la que permaneció como secreto sacerdotal; las creencias y ceremonias antiguas que sobrevivieron, y las que se introdujeron nuevamente. Lo que mas elogios ha hecho dar á la legislacion sagrada de Zoroastro es su moral. Hacer al hombre semejante á la luz, disipar sus tinieblas por medio de purificaciones, confesar á Ormuzd como rey del mundo en la pureza del corazon, celebrar la creacion, dar el triunfo al principio bueno y destruir el imperio del mal en toda la naturaleza material y espiritual, reconocer á Zoroastro como profeta: tales son la moral y la liturgia de los Naskas.

Su primera consecuencia es la conservacion del orden, que hace al reino terrestre del Iran imágen de la ciudad celeste. Ademas, el creyente no solo debe mantener puro su cuerpo, sino guardarse de contaminar ningun elemento; é incurre en la pena de muerte el que sopla el fuego con la boca (1). Así como Ormuzd combate contra Ahrimanes, del mismo modo debe el fiel vigilar en actividad continua, y estar siempre pronto á luchar contra las potestades del mal. En los templos ninguno debe orar por sí individualmente, sino por todos en general; único ejemplo que se encuentra en la antigüedad pagana de elevar á los fieles á la dignidad de comunión.

Zoroastro, aunque nace en un país donde la servidumbre se respira con el aire, ve por una parte los males de la vida nómada, y por otra las desgacias que se originan de la arbitrariedad de los sátrapas y los reyes; y no consiguiendo reducir á estos á la medida de hombres, parece que quiso exaltarlos á la categoria de dios, ordenándoles que imitasen á Ormuzd, y proponiéndoles por modelo tiempos mas felices, pasados bajo el mando Chemsid, rey déspota, al estilo de Asia, pero tan bueno como semejante condicion permite. Reinando este padre de los pueblos, el mas espléndido de todos los mortales educados por el sol, no morían los animales: ni habia escasez de agua, de frutos, ni de nada de cuanto sustenta ó hermosea la vida; el genio del bien triunfaba del frio, del calor, de las pasiones desenfrenadas, obras de los devas, y hasta de la muerte; parecia que los hombres tenían siempre quince años; los niños se hacían en breve adultos; cada uno de los súbditos ejercitaba su actividad, como bajo la proteccion de un padre; prosperaban las artes de la paz; y la riqueza y abundancia llovían de las manos

(1) Cuando querian soplar, se ponían delante de la boca el *penom*. Su nombre propio es *phantam*, y viene á ser la venda que aun hoy llevan en la boca los Orientales, por modestia; sin ella no podían los Persas ni acercarse al fuego, ni amasar harina, ni celebrar otras ceremonias. Puede verse el diseño en la lámina que está unida al tomo II del *Zendavesta* de Anquetil.

del monarca. Tal era el tipo á que debía amoldarse el rey, alma y motor de todo, sol de justicia, imagen del Eterno; así la doctrina sagrada le prohibía tomar disposiciones que no fuesen justas y buenas en sus decretos, á los cuales nada se resistía.

Todo el que es fiel á Ormuzd debe trabajar además como él, y extirpar el mal de la tierra, serpientes, yerbas ó insectos nocivos. Chemsid fué el primero que cultivó la Persia; debía, pues, ser el Iran la tierra de la agricultura, y el Turan, país de los nómadas, una mansión de discordias y de desgracias. « Oh Sapetman Zoroastro (dice Ormuzd), yo busqué un lugar de » delicias y de abundancia, al cual ningún otro » pudiera compararse en la tierra, y que nadie » hubiera podido crearlo, oh Sapetman Zoroastro. Tiene por nombre Eriene Veeyo, y su » pera en hermosura al mundo en su extensión » toda. Nada hay que iguale á la alegría de esta » tierra de delicias por mí creada: la primera » mansión de bendición y de abundancia creada » por mí, por mí Ormuzd, pura de toda man- » cilla, fué Eriene Veeyo. » Todo el que se consagraba al cultivo de los campos honraba á Sapandomad, genio de la agricultura; para él hacía correr Kordad sus bienhechoras aguas; y Amerdad velaba por sus árboles y jardines.

« Justo juez del mundo [se lee en el Vendidad] » tú que eres la misma pureza, ¿ cuál es el » punto más puro de la ley? Ormuzd responde: » Sembrar en la tierra granos robustos, oh Sa- » petman Zoroastro. El que siembra grano y lo » hace con pureza, llena toda la extensión de la » ley del Maguismo, y es grande á mis ojos, » como si hubiese dado vida á cien criaturas, á » mil producciones, ó celebrado diez mil sacri- » ficios. El que produce grano extermina á los » devas. Cuando se ha producido el necesario, » son aterrados los devas; producid aun más, y » honrarán los devas de despecho. Por poco que » el hombre produzca, abatirá y destruirá á los » devas en el sitio en que dé este poco de grano. » La desmesurada garganta y el ancho pecho de » los devas se sentirán abrasados, cuando haya » abundancia de grano. Leeráse entonces la pa- » labra sagrada con más atención. Si no se come » nada, no se tendrá fuerza, ni se podrán prac- » ticar obras puras; faltando el alimento, no » habrá labradores robustos, ni muchachos ale- » gres. El mundo, tal cual existe, vive tan solo » por el alimento. » (Farg. 18.)

Por eso los reyes, al paso que castigaban á los labradores perezosos, premiaban á los diligentes; y una vez al año iban á sentarse á la mesa de estos, que son los que sacan de la tierra las riquezas que guarda en su seno; ó manejando el puñal con que Chemsid hendía el suelo, hacían brotar la abundancia. Ciro el antiguo plantó muchos árboles con su propia mano; Ciro el joven se vanagloriaba con Lisandro de haber delineado y labrado por sí mismo sus jardines. Los grandes rodeaban sus palacios de paraísos en que prosperaban los limoneros, las

vides, los acerolos, los altos chopos, y en que el sauce doblaba sus llorosas ramas sobre un hermoso conjunto de anémonas, de ranúnculos, de jazmines y de crisantemos. Ya que el patriotismo de los Griegos nos ha acostumbrado á maldecir ó á menospreciar á los invasores de la Élade, no olvidemos sin embargo que á los Persas somos deudores de los frutos más exquisitos, como son la higuera, el almendro, el albérechigo, el granado, el melon y el precioso moral.

No se veneran allí los animales como entre los Bramanes, pero se incute el respeto hacia ellos. Refiérese el décimo iman del Yazna á un antiquísimo fragmento, diciendo: « Hom, son » célebres estas palabras tuyas: yo ruego á los » animales para que ellos me rueguen. Yo hablo » con dulzura á los animales; los llamo con » grandeza; los alimento; los visto, y los man- » tengo en buen estado. Ellos me dan el sus- » tento y lo que necesito para vivir. » La ley de Ormuzd está conforme con esta ley primitiva.

« Yo recomiendo que se dé de comer al rebaño; » el que lo haga, entrará en el paraíso. Pro- » curele los pastos y los placeres; nutra á los » que no estén nutridos, provea de pastor á los » que de él carezcan. Sepan el hombre y la » mujer que al que ejecute esta buena acción » le será el viento propicio. » (Yazna h. 35.) De aquí proviene el haberse conservado hasta hoy el cuidado de los animales domésticos; considérase como un pecado el no suministrarles lo necesario ó el molestarlos; y es obligación de todos criar en su casa un buey, un perro y un caballo. Debían, por el contrario, ser destruidos los animales de Ahrimanes; y Agátianos dice que, en épocas fijas, se reunían los Magos solemnemente para matar á los reptiles; costumbre que dura aun.

Está proscrito el libertinaje como creación de Ahrimanes. La monogamia es allí una ley, y la personalidad del marido no absorbe la de la mujer, pudiendo esta llegar á ser hasta sacerdotisa. Considérase preferible la unión entre parientes, aunque parece haberse abusado de ella, casándose los hombres con sus madres, sus hijas y sus hermanas; uso introducido quizá, como la poligamia, por los Persas conquistadores.

Tan felices disposiciones, favorecidas también por las leyes sagradas, se perdieron á consecuencia de la invasión de los pueblos montañoses que llevaron allí la manía de las conquistas, como un límpido río que se contamina cuando sale de madre. No obstante, la religión del fuego dominó en el país siglos y más siglos, resistiendo á miles de revoluciones, arraigándose profunda y hondamente en pueblos distantes y cultos; oponiéndose fuertemente al Cristianismo en las herejías de Manes y de los Gnósticos, y en los misterios de Mitras; y bastando después en el siglo III para levantar de nuevo el poderoso imperio de los Sasanidas. Cuando fueron perseguidos sus sectarios por la intoleran-

cia musulmana, prefirieron abandonar su patria antes que abjurar su culto; y habiéndose refugiado en los desiertos del Kerman y en el Indostan, conservan allí todavía la llama inmortal y el código sagrado que de ellos precisamente hemos recibido (B). En Surate, en Bombay, á orillas del Ganges, al Mediodía de la Persia, junto al Mar Caspio, los descendientes de los Güebros abominan la idolatría, y ven en el fuego un símbolo de la Divinidad. Existe en Arteh-Gah, en el Cáucaso, un edificio cuadrado que contiene veinte celdas, y es convento de los sectarios del Zendavesta. En medio del claustro hay un altar con cuatro chimeneas cuadrangulares, en cuyo centro arde de continuo una hoguera alimentada por el nafta que abunda en aquel sitio. Cada celda tiene muchos tubos por donde sale el gas inflamable que se enciende á ciertas horas del día y de la noche. Aquellos monjes, gente tranquila, esperan ansiosos la salida del sol, y no bien lo ven asomar, lo saludan con sus aclamaciones, y se abrazan unos á otros, probando de este modo que aun existe en ellos aquella noble dignidad, aquel fuerte y poderoso amor á la naturaleza, que tanto agrada en los antiguos Persas.

CAPÍTULO IV

Constitucion moral y política de los Persas.

Educa-
cion.

Tan mal juzgaríamos á los Persas ateniéndonos exclusivamente á la opinión de los Griegos, que los aborrecían, como susponiendo generalmente observada entre ellos la moral de sus libros. « Si queréis ser santos, decían estos, instruid á vuestros hijos; pues os serán atribuidas sus buenas obras. » En efecto, Jenofonte nos da cuenta del solícito esmero de que la juventud era allí objeto. Reuníanse los niños, los jóvenes, los adultos y los ancianos, dispensados ya del servicio militar, con la debida distinción y en un grande espacio; los niños y los hombres acudían allí desde la aurora; los ancianos cuando les era cómodo, y los jóvenes se acostaban en aquel sitio, vestidos con sus armas, si todavía no estaban casados. Cada escuadrón tenía doce jefes para dirigir sus ejércitos. Allí aprendían los niños la justicia, fallando sobre casos prácticos (1); institución excelente que no

(1) Jenofonte expone por boca de Ciro uno de estos procesos:

« Un muchacho alto, que tenía una túnica pequeña, despojó de la suya á otro muchacho de baja estatura que tenía una túnica grande, y le puso encima la que él llevaba, vistiéndose la otra. Elegido yo por su juez, sentenció que valía más para ambos que cada cual guardase la túnica que mejor le sentaba. Me azotó el maestro por esta sentencia, diciendome que así debiera hacerse si se me hubiese ordenado fallar sobre lo que más convenia á cada uno; pero que debiendo decidirse á quien pertenecía la túnica, procedía examinar cuál de los dos la poseía justamente; si el que se había apoderado de ella por la violencia, ó el que la había adquirido haciéndose la ó comprándose. Añadió después, que lo que se hacía con arreglo á las leyes era justo, y lo contrario á las leyes, violento. Quería pues, que el juez

han imitado las naciones cultas, donde la niñez se pasa solo en el estudio de las primeras letras. Ante este tribunal se llevaban las acusaciones de hurto, de violencias, de fraudes comunes entre los niños, cuidando los inspectores de que se condenase no solo á los delincuentes y á los calumniadores, sino también á los ingratos, culpados porque retraen á los demás de hacer beneficios. Se habituaba además á los niños á la obediencia y á la templanza, adiestrándoseles al mismo tiempo en el manejo de las armas.

Cuando cumplían diez y seis años, pasaban á la clase de jóvenes hasta los veintiseis; durmiendo de noche al raso, ejecutando durante el día lo que en obsequio del servicio público ordenaban los magistrados, ó acompañando al rey en sus frecuentes cacerías; comían pan con berros y agua, sin más golosinas que la caza que mataban ellos mismos, y á menudo tenían certámenes de armas. A los veinticinco años entraban en la clase de hombres, obedientes en paz ó en guerra á la más leve señal de los magistrados, y entre ellos se escogían los empleados y los maestros de la juventud. A los cincuenta años pasaban á la categoría de los ancianos, que, exentos del servicio militar, entendían en los negocios públicos y privados, y fallaban hasta sobre los delitos capitales; y si se acusaba á un joven por los inspectores de haber faltado á las leyes establecidas, le expulsaban los ancianos de la sociedad de sus compañeros, y quedaba notado de infamia.

Esta educación era la única que podía conducir á los honores. Por lo demás, los discípulos vivían con una templanza que rayaba en abstinencia, y eran tan aseados que ni escupían, ni se limpiaban la nariz, ni desahogaban el cuerpo delante de nadie. Tal es la pintura que de ellos nos hace Jenofonte, cuya imaginación benévola solo vió tal vez el lado favorable, ó quiso más bien ofrecer á sus conciudadanos un contraste que les sirviese de instrucción. De todos modos, no debe entenderse lo que cuenta, sino aplicándolo á la tribu de los Pasargados, nobleza del país, que rodeaba el trono, y constituía la principal fuerza del ejército.

Dividíase la nación en cuatro clases: sacerdotes, guerreros, agricultores y artesanos, si bien nada indica que estas fuesen hereditarias. Tenían horror á las artes que podían contaminar ó apagar el fuego; pero no por eso honraban los demás oficios mecánicos. Se nos representa á los Persas como muy amigos de la verdad, hasta el punto de mirar como vergonzoso el vivir de prestado, porque esto induce á mentir. Mientras estaban en la mesa, hablaban de asuntos importantes (1).

Los Persas montañoses, de los cuales todavía se encuentran restos en la tribu de los Gauros,

Costum-
bres.

fallase siempre conforme á las leyes. De esta manera, decía él, llegué á conocer con exactitud completa lo que es justo. » (1) PLATON, *Sympos.* lib. II. — JENOFONTE, lib. II, c. 2. Véanse las costumbres de los Persas descritas por Herodoto.